

BORGES, BIOY Y EL “LENGUAJE EXQUISITO”

Cristina Parodi

En 1971, Bioy Casares consideró oportuno publicar uno de sus múltiples cuadernos de notas. Se trataba esa vez de un catálogo de términos y expresiones que políticos y periodistas venían empleando desde hacía unos años en la Argentina. En ese nuevo léxico, Bioy detectaba una “extraña enfermedad” que llevaba a alguna gente a inventar palabras para sustituir las usuales por otras presuntuosas y rebuscadas. Para esos políticos y periodistas, las nuevas palabras eran más prestigiosas y más aptas para lucirse como personas instruidas. Bioy tituló a su libro *Diccionario del argentino exquisito*, un título deliberadamente ambiguo, donde “argentino” connota tanto a esos individuos que se desviven por que los admiren, como a su lenguaje afectado. En cuanto al adjetivo “exquisito”, que por definición se refiere a la extraordinaria calidad y gusto en algo, oculta en Bioy una intención irónica ya que ni el lenguaje catalogado en su diccionario, ni los individuos que lo practican, poseen realmente esas cualidades excelsas sino que sólo pretenden poseerlas. El término que –sin segundas intenciones– se ajustaría con mayor precisión a esa actitud presuntuosa es el adjetivo “cursi” que alude a la simulación de refinamiento y distinción, en las personas, y a la apariencia de riqueza y elegancia en las cosas de mal gusto.

A pesar del tono satírico de las entradas de su diccionario, Bioy no quiso sólo divertir a los lectores; su intención fue también poner en evidencia esa cursilería o –como él dice– ese “engolamiento” de ideas y estilo (“Prólogo” 13), en la esperanza de que algunos lectores al menos vacilaran antes de adoptarlo.

Si bien en 1971 esa “enfermedad” del lenguaje era relativamente reciente, ya entonces Bioy pudo registrar en el *Diccionario* verdaderos mamarra-chos léxicos, como *sobredimensionamientos*,¹ *transvasamiento generacional*,² *microexperiencias ferro-urbanísticas*;³ pudo también incluir pleonasmos supuestamente distinguidos como *precipitación pluvial*;⁴ sinónimos ampulosos, como llamar *facultativo*⁵ al médico o *nutrientes*⁶ a los alimentos; y ya entonces también pudo catalogar eufemismos como *encargado de casa de renta*⁷ para referirse al portero de un edificio, o hablar de los *carenciados*⁸ para aludir a los pobres.

Aunque desde la primera edición del *Diccionario* han pasado más de treinta años, la historia se ha encargado de mostrar que es uno de esos libros que no envejecen. De ahí que no me parece anacrónico retomar hoy el tema, dejando al lector el placer de ir actualizando el diccionario con las jugosas entradas que proporcionaría el periodismo actual.

Las reflexiones de Bioy están expuestas en el prólogo del *Diccionario*, escrito en 1978, en las seiscientas entradas, y también en el monumental

1 “Sobredimensionamiento: Úsase más en plural. ‘Sin incidir perjudicialmente en la balanza de pagos ni provocar sobredimensionamientos.’ (Los diarios, Buenos Aires, 4 de agosto de 1971).” (188)

2 “Transvasamiento generacional: ‘Pablo Casals, Pablo Picasso y Charles Chaplin, por el vivo interés que pusieron en el transvasamiento generacional, despertaban mi admiración, aún mi envidia.’ (Doctor Francisco Mono Pancho Babur, *Del doctor Voronof a la doctora Aslan*, Pau, 1978).” (201)

3 Cf. “Prólogo” 11. “Microexperiencias: ‘Problemas emergentes de la microexperiencia educativa.’ (Declaración en los diarios de Buenos Aires, 14 de agosto de 1971).” “Ferro-urbanística: Palabra compuesta que ha merecido rápida aceptación. ‘Acerca de la reestructuración ferro-urbanística opinase.’ (Los diarios, Buenos Aires, 21 de julio de 1971). En Rosario, ya existe una ‘Comisión Coordinadora Ferro-urbanística’. Felicitémoslos.” (133)

4 “Precipitación: Lluvia. Dícese también precipitación pluvial. ‘Basta que olvide el paraguas, para que me sorprenda una precipitación pluvial.’ (Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*).” (163)

5 “Facultativo: Mejor que médico. ‘Mi hija, la facultativa.’” (90)

6 “Nutrientes: Alimentos. Exquisitez que jerarquiza a médicos y enfermeras. ‘A la una y treinta en punto me aboqué a nutrientes en el Pedemonte’ (Enrique Octavio Longueira, *Médico y sibarita*, Buenos Aires, 1989).” (223)

7 Cf. “Prólogo” 11 (“Encargado de casa de renta: Portero”) y 76.

8 “Carenciado: Muy pobre. / Después de haberlo pateado / lo llamaron carenciado. / (Corujo, *Qué tiempos aquellos*, Buenos Aires, 1988).” (42)

Borges, aparecido en 2006. Las casi 1700 páginas de este diario de Bioy ratifican que los dos escritores no sólo compartieron una larga y hermosa amistad, sino incontables cenas y muchas conversaciones en las que juntos se alarmaban de la creciente aceptación del lenguaje exquisito.

Es evidente que dos maestros del idioma de la calidad de Borges y Bioy no ignoraban que las lenguas cambian necesariamente, que van incorporando nuevos términos, que es inevitable que las palabras reciban nuevos significados a través del tiempo. Son conscientes de que "las formas que hoy usamos" y que nos parecen normales, algún día, "también sorprendieron" a otras personas, y les "parecieron tan feas como las que hoy nos ofenden" (Borges 571).

Pero, Bioy considera que esta vez no es una cuestión de palabras feas o malsonantes, sino que la situación es más grave porque: "[l]o que hay de ofensivo en el uso de tales formas es que denota una falta de conciencia, de saber lo que está diciendo, por parte de quien las emplea" (571).

Los nuevos términos no venían a cubrir vacíos semánticos ni a dar más precisión o llaneza a la expresión. Respondían a un afán de lucirse de quienes pretenden ser más eruditos, aunque con frecuencia las nuevas palabras están mal formadas y su significado está lejos de ser claro.

Borges y Bioy piensan que, en la creación de esos términos, parecen seguirse algunas tendencias:

—Por una parte, notan que muchas de las nuevas expresiones tienden a reforzar lo que para Borges era uno de los defectos del español: la gran cantidad de palabras largas. Dice Borges: la "gente se esfuerza en abundar en eso, en volver el idioma aún más pesado, con las palabras aun más largas" (Borges 1417). De ahí que, tal como se desprende del *Diccionario* de Bioy, una palabra como *recibir* quede deslucida frente al pomposo *repcionar*,⁹ o que se prefiera la fastuosidad de un sustantivo como *confusionismo*¹⁰ frente a la simplicidad de *confusión*, o que se piense que decir *cumplir* no es tan culto

9 "Repcionar: Recibir, acoger. 'Mi patrona, o sea mi ex patrona, me repcionó en el comedor de diario, o sea en la cocina. (Enrique Octavio Longueira, *Tribulaciones de un divorciado*, Buenos Aires, 1976). 'Usted ya repcionó su licencia habilitante actualizada.' (*Mensaje al Pasajero*, de la Dirección de Transporte de Papas, o sea de Tubérculos, Buenos Aires, 1979)." (176)

10 "Confusionismo: Confusión, exquisitamente. Frase clásica: 'El confusionismo de la hora'. Hay quien escribe confucionismo. Tanto da." (49)

como decir *cumplimentar*,¹¹ o que una cacofonía cursi como *incomparencia*¹² parezca mas encumbrada que *ausencia*. Ya en aquellos años, sustantivos corrientes y eficaces como *problemas* o *temas* parecían deslucidos y caían frente al prestigio de las formas adjetivas *problemáticas*¹³ y *temáticas*.¹⁴

—Por otra parte, Borges y Bioy notan que, a veces, el término novedoso no surge del alargamiento de palabras usuales, sino de su reemplazo por otras menos habituales, pero supuestamente, más finas.¹⁵ Así, en el lenguaje cotidiano, un verbo corriente como *esperar* queda postergado por *aguardar*, considerado más distinguido; los *errores* pasan a ser *equivocos*; los *desacuerdos*, *disensos*; el verbo *colocar* parece demasiado poca cosa frente a *posicionar*, y, ya desde antes de la publicación del diccionario de Bioy, en los transportes colectivos no se *bajaba* sino que se *descendía* por atrás o, mejor todavía, *se descendía por la parte trasera del vehículo* (“Prólogo” 11).

—Por último, en esa desmedida creación de palabras nuevas, detectan una manifestación del culto a la riqueza del vocabulario, que fomenta la falsa creencia de que no conviene repetir una palabra sino que es más erudito lanzarse a la creación de sinónimos. En una conversación con Bioy, en 1960, hablando de sus proyectos en la Academia Argentina de Letras, decía Borges:

No voy a cejar hasta proponer dos cosas: una será la recomendación a favor del estilo sencillo, contra *teorización*, *dimensionamiento*, *temática*, *precipitación pluvial*; la otra, una condena a los sinónimos que hacen aparecer al

11 “Cumplimentar: Cumplir, exquisitamente.” (55)

12 “Incomparencia: “Todo funcionario deberá comparecer en el Teatro Colón, para el Baile de Máscaras, bajo apercibimiento de considerarse su incomparencia injustificada como circunstancia agravante y ordenarse su arresto y/o secuestro.” (Visca, *Tiempos aquellos*).” (111)

13 “Problemática: Problemas. ‘Problemática de la mujer en dos conferencias.’ ‘Las grandes problemáticas de nuestra novelística.’” (165)

14 “Temática: Tema o conjunto de temas. *Redujo a Conrad y su temática/a una perpetua pantomima acuática*. (T. de Tarascone, *Del Atalaya al Coliseo*, paso a paso con nuestra recitadora, Buenos Aires, 1977).” (196)

15 “Borges: ‘La tendencia es pasar de la palabra más simple a una un poco más complicada. De *empezar* a *comenzar*, de *busca* a *búsqueda*. Para no decir *acabar* dicen *terminar*. *Termina de salir*: la frase sugiere un interminable proceso, un muy largo sujeto.’” (Borges 780)

ministro de la primera línea disfrazado, en la segunda, de *titular de la cartera*. (Borges 69o)¹⁶

Por su parte, Bioy interpretaba esa generalizada “afición a la pompa” como “una suerte de eufemismo”, una manera de “conferir un ascenso (nominal siquiera) a una persona o cosa” (*Diccionario* 11). Años más tarde, en una entrevista, conjetura que, tal vez, quienes inventan eufemismos

sigan creyendo en el mito de que los nombres hacen a las cosas. Pero, ¿no se dan cuenta de que es ofensivo, porque transparenta lo otro, el intento de decirles: usted tiene algo un poco humillante; yo lo voy a elevar con una palabra que no engaña a nadie? (Colina s.p.)

Las respectivas trayectorias literarias de Borges y de Bioy revelan que, en sus comienzos como escritores, también ellos se sintieron tentados por ser originales, por sorprender a los lectores con términos novedosos. Es conocido el rechazo de Borges por sus primeros libros, por eso que más tarde consideró un exceso de palabras, un barroquismo de estilo. En diversas ocasiones, insistió en que fue Bioy quien lo alejó de la escritura pomposa y le enseñó la virtud de la sencillez, de lo clásico (cf. entre otros, Ferrari 154). Por otra parte, Bioy confiesa que, en sus comienzos literarios, el deseo de ser un escritor admirado por la riqueza del vocabulario lo llevaba incluso a violentar un relato con tal de poder escribir alguna expresión rara, que generalmente acababa de desenterrar de algún libro (*Diccionario* 9). Recuerda que le llevó muchos años de esfuerzos superar esa inclinación y llegar a escribir en una prosa que fluyera naturalmente. Tras estos comienzos, la preocupación posterior de ambos fue cómo aligerar la lengua, cómo libe-

16 En el “Prólogo” al *Diccionario*, Bioy expresa así la misma idea: “El culto a la riqueza del vocabulario va acompañado por el temor, generalmente ridículo, de repetir palabras. En trance de evitar repeticiones, sometemos al lector a un régimen de sobresaltos, como si destapáramos monigotes de resorte: el decaído *carneval* de la primera línea reaparece en la segunda como *dios* o *rey Momo*, el ladrón como *caco* y en un breve párrafo planteamos un enigma policial en el que no se sabe quién es quién, porque sucesivamente disfrazamos a Homero de *bardo ciego*, de *padre de la épica*, de *autor de la Iliada*, de *rapsoda numeroso* y de *ocasional dormilón*” (12). Ya en 1939, Bioy, Borges y Silvina Ocampo habían elaborado una “lista de prohibiciones”, “En literatura hay que evitar”, entre las que incluyeron “la riqueza de vocabulario. Cualquier palabra a la que se recurre como sinónimo” (Bioy *Memorias* 83). En 1971, Borges condensa su rechazo en una frase: “Los clásicos no tenían ese miedo de repetir las palabras” (Borges 1343).

larla de excesos. En su obra individual, les bastó decir lo que querían decir con las palabras eficaces y naturales de su lugar y de su tiempo.

En el “Prólogo” de 1978 al *Diccionario*, Bioy conjeturaba que sería imposible que algún escritor pudiera incluir en un texto literario palabras o frases tan feas y tan cursis.¹⁷ Sin embargo, sobreentendía una excepción: esas palabras sí podrían emplearse en una página paródica.

Y, precisamente eso, ponerse a escribir juntos páginas paródicas es lo que, desde principios de los años 40, venían haciendo Borges y Bioy. Ellos fueron los responsables de que en 1942, en el campo literario argentino apareciera un nombre hasta entonces desconocido: Honorio Bustos Domecq, autor de *Seis problemas para don Isidro Parodi*, la colección de cuentos policiales que marcó el comienzo de una escritura en colaboración que se extendió hasta 1977. De esa colaboración también surgió un segundo escritor ficticio –B. Suárez Lynch–, discípulo de Bustos Domecq y autor de un único libro, *Un modelo para la muerte*, publicado en 1946.

Fue en la obra de esos dos fantasmas donde encontraron su espacio ideal las “exquisiteces” que Borges y Bioy consideraban excluidas de la buena literatura. En esos cuentos y crónicas extremaron la caricatura del modo de hablar de los prologuistas, narradores y personajes, y se burlaron de la pedantería y fatuidad del lenguaje que se pretende “exquisito”.

Para ilustrar ese modo de hablar ampuloso, puede bastar un fragmento del discurso de un personaje de Bustos Domecq, el Dr. Gervasio Montenegro, miembro –también él– de la Academia Argentina de Letras, un intelectual verdaderamente insuperable en vanidad y pretensión de exquisitez, que aparece como autor de los prólogos a dos libros de Bustos: *Seis problemas*, en 1942, y *Crónicas*, en 1967. En el prólogo a este segundo libro, en un fingido elogio a su “colega” Bustos, Montenegro no escatima términos estafalarios ni metáforas presuntuosas. Dice allí:

Quien anhelase bucear en profundidad la novelística, la lírica, la temática, la arquitectura, la escultura, el teatro y los más diversos medios audiovisuales, que signan el día de hoy, tendrá mal de su grado que apechugar

17 “¿Quién introducirá esas palabras en una página, no paródica, sin que se noten como escritas en tinta colorada?” (12)

con este *vademécum* indispensable, verdadero hilo de Ariadna que lo llevará de la mano hasta el Minotauro. (*Obras completas en colaboración* 302)

En este pasaje hay un rasgo que me interesa destacar. Borges y Bioy se ensañan con el académico Montenegro y hacen que en su discurso convivan elementos discordantes: la metáfora acuática o deportiva del *bucear en la profundidad*, Ariadnas, hilos y Minotauros, junto a creaciones léxicas que ellos deploran por su fealdad, como *novelística*, *temática*, *medios audiovisuales*. Borges y Bioy hacen que Montenegro prefiera la pomposidad de *anhelar* en lugar del simple *desear*; que opte por expresiones hechas –y para Borges y Bioy muy feas– como “que signan el día de hoy” o que, con afectación, Montenegro llame a las *Crónicas* “*vademécum* indispensable”. Y, entre tanta presunción, deslizan un término coloquial, que desentona con el conjunto: le hacen decir a Montenegro que el lector no va a tener más remedio que *apechugar* con el libro de Bustos. La fatuidad de Montenegro queda desenmascarada mediante la estrategia de hacer coincidir en un mismo párrafo los términos pomposos y los pedestres.

Como puede apreciarse en las entradas al *Diccionario* citadas más arriba, el procedimiento es empleado por Bioy para elaborar las definiciones y falsas citas, pero también es una de las estrategias de Borges y Bioy para crear comicidad en los cuentos. La emplean con falsos intelectuales encumbrados, como Montenegro, y también con personajes populares, que no acceden a la cultura más alta en forma directa, sino asimilando jergas profesionales de mayor prestigio social y cultural, como las de locutores de radio, médicos, policías, o periodistas. Para estos personajes, el principal puente hacia la cultura alta son la radio y los periódicos populares, que les franquean el acceso a un léxico que contrasta con su habla estándar. Consideremos un ejemplo.

En uno de los cuentos de *Seis problemas*, “La víctima de Tadeo Limardo”, el narrador, Tulio Savastano, un compadrito holgazán que vive en el hotel en que asesinaron a Limardo, informa al detective Parodi sobre sus actividades en una de las noches del último Carnaval. Dice:

Yo, que palpito al unísono con la urbe, le había sustraído un traje de oso al peón de cocina, que es un misántropo que no acude a la milonga, que no es danzante. Munido de esa piel enteriza, calculé que iba a pasar desapercibido, y me di el lujo de hacerle una reverencia al patio del fondo y salí como un señor, en busca de oxígeno. Usted no me dejará mentir: esa

noche la columna mercurial batió el récord de altura; hacía tanto calor que la gente ya se reía. A la tarde hubo como nueve insolados y víctimas de la ola tórrida. (OCC 87)

En el cuento, Savastano es presentado como un individuo cuya cultura proviene de lecturas ocasionales –principalmente las historietas infantiles, las noticias y los avisos publicitarios de un vespertino popular–, y también de los programas de la radio. Es en estas fuentes donde Savastano ha obtenido el lujo de clichés y términos prestados que en su relato están resaltados sobre todo por la discrepancia entre la suntuosidad de algunas palabras y lo grotesco de sus aventuras, que casi lo llevan a la muerte por asfixia. Borges y Bioy cargan el discurso de Savastano con una expresión como *palpito al unísono con la urbe*; un participio de uso burocrático policial como *munido*; eufemismos como *sustraído* en lugar de *robado* o *acudir* en lugar de *ir*; la ampulosidad de llamar *oxígeno* al *aire*, *columna mercurial* al *termómetro* o de hablar de *la ola tórrida* para decir que el *calor* es insoportable.

En tanto el lenguaje culto es una voz ajena al habla popular, la pretensión de imitarlo a menudo lleva al fracaso o al disparate. Tomemos un caso: hay personajes en Bustos Domecq que insisten en decir la hora no de la manera corriente –“son las siete de la tarde” o “son las 9 de la noche”–, sino adoptando la forma supuestamente más exacta y erudita en que se anuncia la hora en la radio. Y ahí comienzan las complicaciones. En “La fiesta del monstruo”, el narrador cuenta que “[s]erían recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la Avenida Mitre” (OCC 399).

En una de las *Crónicas*, es el propio Bustos el que –a pesar de sus ínfulas de intelectual– se enmaraña con números y letras y termina anunciando: “saludamos por ahora a Ubaldo Morpurgo, cuya voz clama en el desierto, de veinte a veintitrés p.m., todos los días menos lunes” (“Un arte abstracto”, OCC 323).

En varias ocasiones, Borges y Bioy declararon que, cuando se juntaban, sólo podían escribir en broma y no podían evitar escribir mal.¹⁸ Como reconocía Borges –no sin pesar– escribir en serio estaba fuera de las posibi-

18 Por ejemplo, en *Borges*, Bioy cita un comentario de Borges, de 1972, “sobre él y yo escribiendo Bustos Domecq: ‘Qué raro que nos dediquemos a escribir mal’” (1447).

lidades de Bustos Domecq.¹⁹ De ahí que sea en la obra escrita en colaboración donde llevan hasta lo grotesco la caricatura del lenguaje ampuloso.

Pero no exclusivamente. También en las novelas y cuentos de Bioy, en los enunciados de narradores y personajes, encontramos términos "exquisitos". Los relatos de Bioy son excelentes ejemplos de *skaz* narrativo, y asumen las características propias del discurso no escrito sino dicho. De ahí que, cuando la caracterización de un personaje lo requiere, en sus enunciados pueden aparecer términos "pomposos", lo mismo que en Bustos Domecq. Pero en Bioy no están ahí con propósitos paródicos sino como parte de la estrategia de recrear en la literatura un discurso oral, con sus características peculiares, como la entonación, la construcción sintáctica propia del discurso dicho y el léxico que le corresponde, incluidos los términos exquisitos que el lenguaje oral va incorporando.

En cambio, parecería mucho más difícil poder encontrar algún término del lenguaje exquisito en la obra individual de Borges. Los temas que elige para sus ensayos y ficciones, la admiración que siente por los clásicos, el valor que otorga al lenguaje sencillo, a la economía en la expresión, a la llaneza de la prosa, hacen suponer que esas palabras no podrían entrar en su escritura seria. Sin embargo, esos términos entran en sus ficciones. Pero, a diferencia de lo señalado para Bioy, en la obra individual de Borges esas voces "exquisitas" están en el discurso de algún personaje no sólo para representar su modo de hablar sino, además, para burlarse de él, para poner al descubierto su fatuidad y falso intelectualismo. En esos casos, por detrás del discurso del personaje se trasluce una segunda intención enunciativa –la del autor– que choca con él, le impone una semántica opuesta, lo muestra en sus contradicciones y lo ridiculiza.

Esas ocasiones en que el lenguaje ampuloso entra en la obra seria de Borges son pocas. Voy a referirme a dos.

19 Varias veces en *Borges*, Bioy expresa su disgusto por la cantidad de bromas sobre bromas, muchas de ellas en clave privada, que no pueden evitar cuando se ponen a escribir ("Depresivo espectáculo de literatos que se regodean con sus laberínticas y retorcidas chanzas, que nadie sigue, escucha ni celebra", 1110). Con frecuencia atribuye a Borges esa tendencia a la exuberancia barroca (cf. 1393, 1109-10, 1140, 1167, 1300, etc.). Recuerda: "trabajábamos a las carcajadas" (335-36). Borges admite: "Pero, bueno, no podíamos escribir de otra manera. Con Bioy nos poníamos a escribir y luego nos convertíamos en ese personaje que se llama Bustos Domecq o Suárez Lynch: ese personaje se apodera de la acción y la echa a perder llenándola de situaciones exageradas" (Alifano 20). Resignado, acepta que "Bustos Domecq no respeta la muerte ni nada" (*Borges* 698).

En la primera, la más extensa, la cursilería está explícitamente vinculada con el universo de Bustos Domecq. Se trata del cuento “El Aleph”, que Borges publicó en 1945, tres años después de que Bustos Domecq publicara *Seis problemas para don Isidro Parodi*. En “El Aleph”, Borges dirige su sarcasmo contra el protagonista, Carlos Argentino Daneri, un poeta presuntuoso, que desde hace años trabaja en un vastísimo poema, “La Tierra”, en el que se propone nada menos que una descripción de la totalidad del planeta.

Daneri es el único personaje de toda la obra seria de Borges que parece haberse escapado de los primeros escritos de Bustos Domecq.

“El Aleph” no oculta que Daneri es un personaje a la Bustos; al contrario, pone claros indicios para resaltar esa conexión.

En la posdata a este cuento, el narrador —que también se llama Borges— revela cuál fue el resultado del Premio Nacional de Literatura al que Daneri presentó su poema. Los lectores de Bustos Domecq quedan sorprendidos al encontrar entre los nombres de los premiados nada menos que al hispanista Mario Bonfanti, un latoso personaje de Bustos Domecq y de Suárez Lynch. Escribe Borges:

Huelga repetir lo ocurrido; Carlos Argentino Daneri recibió el Segundo Premio Nacional de Literatura. El primero fue otorgado al doctor Aita; el tercero, al doctor Mario Bonfanti; increíblemente, mi obra *Los naipes del tahúr* no logró un solo voto. (*Obras completas* 1: 626-27)

Pero las coincidencias con Bustos van más allá. En “El Aleph” hay frases enteras que, casi sin variaciones, ya habían sido escritas por Bustos Domecq.

“Borges”, el narrador, refiere con las pomposas palabras de Daneri que, desde hacía muchos años, el poeta decía trabajar en su obra: “sin *réclame*, sin bullanga ensordecedora, siempre apoyado en esos dos báculos que se llaman el trabajo y la soledad” (OC 1: 619).

Tres años antes, en uno de los cuentos de *Seis problemas*, “El dios de los toros”, era José Formento, el secretario del poeta Carlos Anglada, quien había aseverado solemnemente que “[l]a soledad y el trabajo son los dos báculos en que se apoya el verdadero hombre de letras” (OCC 56).

Al año siguiente de la publicación de “El Aleph”, en 1946, Honorio Bustos Domecq publicó sus *Dos fantasías memorables*. En la primera, “El testigo”, el narrador comenta, hablando de uno de los personajes:

¡Mire que hace años que yo me lo sabía de memoria al gordo Sampaio y nunca se me había pasado por la testoni que ahí, entre tanta grasa, hubiera todo un plumífero de garra y fuste! (OCC 127)

En “El Aleph”, la misma frase pertenece a Daneri, pero la parodia está muy atenuada. Según el narrador:

[Daneri] admitió, sin embargo, que en la portada de la nueva obra convenía el prólogo vistoso, el espaldarazo firmado por el plumífero de garra, de fuste. (OC 1: 621)²⁰

“El Aleph” pone en evidencia que Borges ha ridiculizado el personaje de Daneri cediéndole rasgos de tres de los varios intelectuales que aparecen en los cuentos de Bustos Domecq. Por una parte, de José Formento, el ya mencionado personaje de “El dios de los toros”, un mal poeta cuya creatividad se agota en la imitación de la obra de su maestro Carlos Anglada, al que asiste como secretario para todo servicio. Por otro, con Mario Bonfanti, personaje de Bustos desde “Las previsiones de Sangiácomo” (1942), que reaparece en *Un modelo para la muerte* (1946), paladín de la lengua y la cultura hispánicas, “gramático y purista argentino” (OCC 151). Con Bonfanti, Daneri comparte el podio de los premiados, también su verborrea, su devoción por arcaísmos y casticismos²¹ y la propensión a emprender proyectos disparatados.²²

Pero probablemente a quien más se parece Daneri es al Dr. Gervasio Montenegro, el académico, escritor, actor, poeta y también administrador de lo que don Isidro Parodi pudorosamente llama “una casa mala”. Entre

20 Y *espaldarazo*, la palabra que emplea Daneri, vuelve a resonar en 1966, en el “Prólogo” a *Crónicas*, en la frase con que el Dr. Gervasio Montenegro cierra la presentación del libro de Bustos: “En resumen, una entrega no indigna de nuestro espaldarazo indulgente” (OCC 302).

21 Daneri participa del hispanismo de Bonfanti, con quien comparte ‘aquestes’ y ‘estotros’ (OC1: 620), y también su afición por términos castizos. Uno entre varios ejemplos: en “El Aleph”, el poco usual *zampuzar* engalana el discurso de Daneri: “–Una copita del seudo coñac –ordenó– y te zampuzarás en el sótano” (OC 1: 624). En *Un modelo para la muerte*, el mismo verbo encuentra un lugar en la cháchara de Bonfanti: “–Buenos días tengamos todos; yo en la boñiga hasta los codos (...) Echará usted más rebufes que jarameño, maese Parodi, al ver que sin decir oxe ni moxe me he zampuzado aquí de hoz y de coz” (OCC 185).

22 “El doctor Mario Bonfanti (...) ha publicado una adaptación para adultos del *Cantar de Myo Cid*; premedita una severa gauchización de las *Soledades*, de Góngora, a las que dotará de bebedores y jagüeles, de cojinillos y de nutrias.” (OCC 66)

sus diversas cursilerías, Montenegro hace constante gala de su presunto bilingüismo; y Daneri, buen discípulo del académico pero sin llegar a sus excesos, mecha su discurso con palabras francesas y latinismos, y hasta se vanagloria de haber rimado en su poema el sustantivo *hambre* con el francés *chambre*.²³

Borges se divierte haciendo que Daneri hable como desde 1942 venían hablando Bustos y sus personajes, y como seguirán hablando hasta 1977. Pone en boca de Daneri palabras que sólo un Bustos Domecq podría atreverse a escribir en serio, sin ironía. Curiosamente, por ejemplo, a Daneri le agradan las mismas cacofonías que a Bustos; para Daneri –dice el narrador de “El Aleph”– “la palabra *lechoso* no era bastante fea” y “según un depravado principio de ostentación verbal”, la corrige por *lechal* (OC 1: 621), precisamente un adjetivo que agrada al Bustos de las *Crónicas*, quien no vacila en hablar de “los dos crepúsculos, el de la tarde vespertina y el de la mañana lechal” (OCC 319). Daneri interpreta que la existencia del Aleph en el sótano de la calle Garay había sido un acontecimiento designado para que él pudiera escribir su poema; pero prefiere evitar el verbo *escribir* y reemplazarlo por uno más fastuoso: *burilar*. Dice:

¡El niño no podía comprender que le fuera deparado ese privilegio para que el hombre burilara el poema! (OC 1: 623)

Antes que Daneri, en “Las noches de Goliadkin”, también Montenegro había optado por el mismo término fastuoso y recordaba:

una corona de *triolet*s que yo había burilado a vuela pluma en el tren carreta que une el moderno ingenio azucarero de Jaramí con la ciclópea estatua a la Bandera que ha cincelado Fioravanti. (OCC 38)²⁴

23 “[Daneri] leyó con sonora satisfacción: ‘He visto, como el griego, las urbes de los hombres,/ los trabajos, los días de varia luz, el hambre;/ no corrijo los hechos, no falseo los nombres,/ pero el *voyage* que narro, es...*autour de ma chambre*.’” (OC 1: 619)

24 En “La prolongada búsqueda de Tai An”, Montenegro vuelve a “burilar”: “Me sofreno: reservo para un mañana la hora de anticipar y burilar mis atisbos” (OCC 117). Otro de los términos privilegiados por Bustos que emplea Daneri es el adjetivo *inveterado*: sin detenerse ante la redundancia ostentosa, lamenta la inminente demolición de la “vieja casa inveterada de la calle Garay” (OC 1: 622). Por su parte, Bustos evoca amistades inveteradas (OCC 342), franquezas inveteradas (153), un analista inveterado (170), costumbres inveteradas (92, 378), sin dejar de lado amigos inveterados (301) y mesas inveteradas (383).

Hay un segundo caso en que Borges, en su obra seria, emplea un término exquisito por el que manifestaba un fuerte rechazo: *tratativas*. La palabra venía obsesionándolo desde 1954, cuando por primera vez la oyó de alguien que había ganado un premio de traductores.²⁵ En 1959, el disgusto por esa palabra también afecta a Bioy, que comenta con Borges: “Ayer nadie decía *tratativas*. Vos me contaste de no sé quién que te habló de *tratativas*. Poco después, por radio, se habló de las *tratativas* entre la Marina, que bloqueaba Buenos Aires, y unos generales que representaban a Perón. Desde entonces el interlocutor con toda naturalidad está hablando de *tratativas*. ¿Cómo? ¿No sabe que él mismo no conocía la palabra hace una semana...?” (*Borges* 571). Años más tarde, en 1963, Borges oye *tratativas* en boca de Francisco Luis Bernárdez y comenta con indignación que Bernárdez, –a pesar de que últimamente se dedicaba al periodismo–, estaba tan seguro de ser un poeta, que pensaba que podía usar cualquier palabra, incluso una tan fea como *tratativas* (*Borges* 883).

Finalmente, en 1970, en su cuento “Guayaquil”, de *El informe de Brodie*, Borges crea un personaje desagradable, el usurpador de un documento histórico, el Dr. Eduardo Zimmermann, y lo presenta como un verboso historiador que hablaba “con incorrección y fluidez” y con “generalidades pomposas”. Es a Zimmermann a quien Borges le hace usar la palabrita:

Me suplicó que no me preocupara de las gestiones de su viaje. (*Tratativas* fue la atroz palabra que usó.) (*OC* 2: 445)

Pero la palabra no los abandona. En 1971, vuelve a aparecer, catalogada entre las exquisiteces del *Diccionario* de Bioy, y ridiculizada en el ejemplo que inventa para ilustrar su uso²⁶. Y Bustos Domecq sigue hablando de *tratativas* en *Nuevos Cuentos* (*OCC* 423, 445), lo que prueba que desde 1954 hasta al menos 1977, no disminuyó el espanto de Borges ante una

25 Cuenta Bioy, en *Borges*: “Borges oyó por primera vez, en boca de un señor que ganó un premio de traductores –que hablaba un francés mejor que el de Francia, un alemán, un italiano, un inglés de perfección igual y un español también impecable, pero con ligero acento centroeuropeo–, la inesperada palabra *tratativas*, dicha con firmeza y rapidez. La ensayó en Emecé; los oyentes no reaccionaron. Ayer la leí en un manifiesto radical. Recorté el párrafo, para mostrarle el progreso de la palabra que tanto lo alegra” (99).

26 “Tratativas: Diligencias, conversaciones previas a un acuerdo o a una decisión. ‘Se iniciaron las tratativas con las firmas interesadas en montar nuestra red cloacal.’” (202)

palabra que –mal que le pesara– ya había pasado a formar parte de la lengua habitual.

En 1969, Borges se preguntaba cuál podía ser la razón del fracaso de Bustos Domecq. Pensaba que si Bustos tenía tan pocos lectores era quizá porque no muchos podían percibir la intención paródica de su discurso. Y, con resignación, Borges concluía: lo que pasa es que ahora “todo el mundo escribe como él”.²⁷

Lo que hace treinta años parecía a Borges una explicación acertada, correría el riesgo de ser confirmada por las actuales tendencias de la jerga periodística. Es probable que también hoy pasarían desapercibidas buena parte de las bromas que, en Bustos Domecq, se basaban en la ridiculización del lenguaje exquisito. Para que una frase de Bustos provoque risa, tenemos que poder captar las intenciones irónicas que hay por detrás; si las palabras de Bustos ya forman parte del lenguaje corriente, no las percibimos como extrañas, las tomamos al pie de la letra y desaparece la fuerza paródica. Así, lo que fue creado para provocar risa, no la causa. En el actual modo de hablar de muchos políticos, periodistas y locutores de la radio y la televisión, la norma es un lenguaje inflado y pretencioso, que progresivamente va desplazando al lenguaje llano, el más apto para comunicarse o informar. En cierto sentido, la actual jerga de políticos y periodistas representa el triunfo de Bustos Domecq: Bustos se ha liberado de sus creadores y se ha adueñado del escenario. Pero –muy al estilo de Borges– ese triunfo al mismo tiempo significa su fracaso porque, si “todos hablan como él”, ¿quién va a reírse con sus bromas?

En 1946, en *Un modelo para la muerte*, Borges y Bioy –parodiando una afición de los burócratas de la época– se divirtieron imaginando un posible nombre estafalario para una supuesta oficina encargada de cobrar la recolección de la basura; así inventaron la “Oficina Recaudadora del Producto de la Enajenación de los Subproductos Seleccionados de los Residuos Domiciliarios” (OCC 186). No es improbable que lo que en 1946 causaba

27 “Los otros días recibí una carta de Hornos Paz, en que éste usa las palabras ambiental, *vivencial*... Ahora comprendo el fracaso de Bustos Domecq: todo el mundo escribe como él.” (Borges 1259)

gracia por la hipérbole y porque se percibía como una “fealdad complicada”, hoy podría llegar a aceptarse con cierta naturalidad.

Hoy sigue habiendo periodistas que inventan palabras no por necesidades semánticas sino porque piensan que existen términos que, por viejos y usados, habría que remozar. Así, no vacilan en evitar una palabra común como *tráfico* y recurren a una fealdad como *flujo vehicular*. Tal vez por la misma razón, en las noticias del diario, leemos que algunos presos ya no *se escapan* de la cárcel sino que *se profugan* y aprendemos que ahora los *incendios* son *procesos ígneos* y *la calle* ha pasado a ser *la carpeta asfáltica*. Si Bustos Domecq se daba lustre llamando al tren *convoy ferroviario* (OCC 43), sus actuales discípulos optan por *formaciones ferroviarias*. En el *Diccionario*, Bioy se alarmaba de que se disfrazara a los pobres de *carenciados*; ¿y qué diría Bioy si pudiera enterarse de que esos mismos pobres hoy se llaman *población en condiciones de vulnerabilidad socioeconómica*?

Suele ocurrir que al tratar este tema en determinados medios, surja la crítica inmediata al llamado “elitismo” de Borges y Bioy, como si sus reflexiones y comentarios fueran una burla, políticamente incorrecta, dirigida contra el lenguaje “popular”. Pienso que se trata de una reacción *a priori*, que no tiene en cuenta lo que realmente está en juego y que es totalmente lo contrario. No es lo “popular” o lo “simple” lo que se critica, sino lo ampuoso, engolado, falsamente culto, esas *précieuses ridicules* del lenguaje que van invadiendo los medios y, por forzosa transitividad, las conversaciones de la calle y de las salas de espera.

Al fin y al cabo –sobre todo en el caso de Borges– si algún punto de referencia cabía para configurar el *identikit* del adversario, era precisamente el de su propia juventud. El lenguaje de Daneri, el de Gervasio Montenegro, son extrapolaciones jocosas de la forma de escribir del Borges joven. Un texto como el que sigue, publicado en Sevilla a los 20 años, censurado más tarde por el propio Borges, permite hacerse una idea del verdadero adversario de la campaña contra el lenguaje exquisito:

La miel de la añoranza no nos deleita y quisiéramos ver todas las cosas en una primicial floración. Y al errar por esta única noche deslumbrada, cuyos dioses magníficos son los augustos reverberos de luces áureas, semejantes a genios salomónicos, prisioneros en copas de cristal, quisiéramos sentir que todo en ella es nuevo y que esa luna que surge tras un azul edificio no

es la circular eterna palestra sobre la cual los muertos han hecho tantos ejercicios de retórica, sino una luna nueva, virginal y auroralmente nueva. (“Al margen” 17)

La campaña contra el lenguaje exquisito respondió, en un tono voluntariamente jocoso, a la dura prosecución de un ideal de ética discursiva. Tal vez el lugar de más pura y rica ascesis del lenguaje a que pudo llegar Borges es en el poema tan justamente titulado “Arte poética”. Allí no sólo desaparecen términos ampulosos en beneficio de términos breves y simples como “agua”, “río”, “sueño”, “ocaso” sino que hasta la rima se vuelve tautológica; cada palabra rima con una nueva instancia de ella misma (“ocaso” con “ocaso”, “espejo” con “espejo”) pero de tal forma que entre la primera y la segunda enunciación del mismo término, los pocos versos que hay que andar parecen una vuelta al mundo, y ya el ocaso no es el mismo ocaso ni el espejo es el mismo espejo. Si esto puede lograrlo sólo un gran maestro del lenguaje, nos queda como lección al menos el esfuerzo de simplificación y de ascesis en la escritura cotidiana.

En el “Prólogo” a su *Diccionario*, Bioy admitía con resignación que su libro defendía una causa perdida, que algunas de las palabras que incluía “entrarán y quedarán en el idioma” (14). Y recomendaba, no sin cierto optimismo, hoy tal vez excesivo: “evitemos, por lo menos, que entren todas juntas.”

Todo parece confirmar que el deseo de Bioy no se cumplió, que el lenguaje exquisito goza de muy buena salud. Pero no es improbable que sí llegue a cumplirse un temor profético de Borges, que quizá haya parecido exagerado en 1957, cuando comentaba: “Llegará un día en que si uno dice: ‘Mire, amigo, yo creo que tendríamos que reunirnos de vez en cuando’ no lo entenderán” (*Borges* 273).

Cristina Parodi

OBRAS CITADAS

- Alifano, Roberto. *Conversaciones con Borges*. Madrid: Debate, 1985.
- Bioy Casares, Adolfo. *Borges*. Ed. Daniel Martino. Buenos Aires: Destino, 2006.
- . *Diccionario del argentino exquisito*. Buenos Aires: Emecé, 2005.
- . *Memorias*. Barcelona: Tusquets, 1994.
- Borges, Jorge Luis. "Al margen de la moderna estética." *Grecia* 39 (1920): 17.
- . *Obras completas*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1989.
- . *Obras completas en colaboración*. Barcelona: Emecé, 1995.
- Colina, Vilma. "'Gracias a los políticos cada vez hablamos peor.' Entrevista a Adolfo Bioy Casares." *Somos* (1986).
- Ferrari, Osvaldo. *Reencuentro. Diálogos inéditos*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

